

Luis Soto Escobillana

SEVILLA EN LA NOVELA PICARESCA ESPAÑOLA⁽¹⁾

En los siglos XVI y XVII, Sevilla llega a ocupar un alto sitio en el mundo europeo. Es la época en que las relaciones entre el Viejo Mundo y el Nuevo, alcanzan un considerable grado de intercambio. Tal situación se traduce en la noción de Prosperidad. Este rasgo, entre otros, aparece como motivo recurrente en las expectativas de muchos personajes literarios de la geografía literaria picaresca española. Aquí se revisan algunas novelas picarescas a la luz de tal condición.

In the 16th and 17th centuries, Sevilla had become a reknown city among the european countries. It is the time when the relations between Europe and the New World allowed an intense level of trading which brought forward a feeling of Prosperity to the city. In the Spanish literary produción of picaresque novels several characters appear showing their expectations under this concept. Some of these novels are here reviewed focusing on this feature.

Algunos antecedentes históricos

El nombre de Sevilla está asociado a Andalucía. Por Andalucía se entiende, desde un punto de vista genérico, las provincias de Córdoba, Sevilla, Granada, Huelva, Cádiz, Jaén, Málaga y Almería.

1. Este trabajo fue presentado como ponencia en el VII Congreso Nacional de Estudios Literarios de la Sociedad Chilena de Estudios Literarios (SOCHEL), Universidad de Playa Ancha, octubre de 1992.

La palabra Andalucía traduce lo que los autores árabes llamaron Al-Andalus. Esta expresión fue usada por los historiadores árabes para designar la parte de la Península Ibérica sometida al dominio musulmán a lo largo de su Historia y no importando su extensión.

En 1246, Sevilla abandonó la causa almohade (dinastía musulmana-africana que gobernó un poco más de un siglo el norte de Africa y el Al-Andalus) y reconoce al emir de Túnez. Pero los enviados de éste cometieron abusos y tal situación determinó una revuelta y un estado de anarquía. Tal panorama se presentaba muy conveniente para el proceso de Reconquista y de esta manera Fernando III aprovecha la ocasión para conquistar la ciudad, aun cuando no contaba con los medios adecuados. Ataca la ciudad por tierra y agua, idea que le fue sugerida por el Maestre de Santiago Pelayo Pérez Correa. Para ello, contó con el equipamiento naval que le brindó un rico de Burgos, Ramón Bonifaz. En 1247 comenzó el asedio, incluyéndose el mismo Maestre de Santiago quien colaboró con 280 hombres, más un refuerzo de 300.

El cerco a Sevilla se estrechó en la primavera de 1248, ahora con fuerzas renovadas. Cortado el contacto de los sevillanos con los de Triana, la ciudad vino a quedar totalmente bloqueada. Los notables de Sevilla vinieron ante el Rey para rendirse, estableciéndose las consabidas capitulaciones para un hecho de esta índole. Básicamente, los sevillanos abandonaron la ciudad llevándose sus pertenencias aun cuando debieron dejar intactos sus inmuebles.

El 2 de noviembre de 1248 se izó la bandera cristiana en la torre del Alcázar pero la entrada oficial no se llevó a cabo sino hasta el 22 de diciembre de ese mismo año y cuando la ciudad llevaba tres días vacía de sus habitantes.

Marcelin Defourneaux al comenzar su capítulo IV dedicado a Sevilla en *La vida cotidiana de España en el Siglo de Oro*,⁽²⁾ expresa:

"Si Madrid se enorgullece de ser la Corte, de regentar desde el Alcázar real, los vastos dominios de la monarquía española, de beneficiarse con las ventajas que le confiere la presencia del soberano y sus cortesanos, su prestigio es igualado, a ojos de los contemporáneos, por el de Sevilla. También Sevilla gobierna un mundo: el que Cristóbal Colón y los "conquistadores" han dado a España y cuyas riquezas, afluyendo a las orillas del Guadalquivir, deslumbran a quienes las visitan: "Quién no vio Sevilla no vio maravilla", dice un proverbio español".

2. Marcelin Defourneaux. *La Vida cotidiana en España en el Siglo de Oro*. Buenos Aires, Hachette, 1964, p. 88.

En los siglos XVI y XVII (siglos comprendidos en la fraseología Siglo de Oro Español), Sevilla llega a ocupar un alto sitio en el mundo europeo. Esta es la época en que las relaciones entre el Viejo Mundo y el Nuevo, alcanzan un considerable grado de intercambio. Tal apogeo se materializa de modos diversos. Sin embargo, todo converge en un punto: la prosperidad. Tal panorama, a causa de los tratos comerciales, lleva, como señala Defourneaux, a una "fisonomía original, en la que los rasgos nuevos se asocian a los aspectos heredados del pasado medieval".⁽³⁾

La importancia asumida por Sevilla debido a su rol como canal de recepción del comercio con América, queda fuera de dudas al tenor de la situación interna y externa que vivía España en los comienzos de la Edad Moderna. La situación política interna; la ubicación no siempre ventajosa de los reinos peninsulares, especialmente castellano, en su competencia con otras ciudades de Europa; la desastrosa manera de ejercer la política exterior; las medidas económicas que se traducían en una larga carrera de gravámenes. Todo ello llevó a un estado de inestabilidad en la balanza española. Tal cuadro hacía que, por ejemplo, la gloria española de los "tercios" estuviera en condiciones bélicas, económicas, morales, desmejoradas respecto de sus enemigos. La campaña española en Flandes relatada en varias crónicas es un buen testimonio de tal aspecto.⁽⁴⁾

Al respecto, la condición social producto de tal inestabilidad ha sido una de las causas que se han dado como explicación para la génesis del relato picaresco, escritura que funda un espacio en donde la marginalidad es el orden nuevo y en donde la presencia de nuevos códigos morales significan una inversión y transgresión de lo tradicional.

Como muy bien lo sintetiza John Lynch:

"El comercio español, paralizado por la producción interior, afectado por la guerra y perjudicado por la política fiscal, empezó a cojear de mala manera durante la segunda mitad del siglo XVI. Esto, no obstante, no rige para el comercio con las Indias, el mayor del mundo y el salvavidas económico de su poseedor".⁽⁵⁾

3. Ibid.

4. Vid. Alonso Vázquez. *Crónica*. (dedicada al Rey Felipe IV. Fechada el 1 de mayo de 1614 que incluye desde la descripción general de los Estados desde los años de 1577-1584). Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España por el Marqués de Lafuensanta del Valle. CODOIN. Madrid, Imprenta de Miguel Ginesta, 1879.

5. John Lynch. *España bajo los Austria*. Barcelona, Ediciones Península, 3a. ed. 1975, tomo I, p. 195.

Cádiz, en 1495, había sido nombrada puerto de salida de todo ese comercio pero un edicto de febrero de 1503 organizó la Casa de Contratación en Sevilla. Así se centró y se consagró todo ese comercio en esa ciudad. La labor de control se constituyó en la gran atribución de esta Casa, sea de las flotas, las remesas como de quienes estaban involucrados en el comercio y en la colonización.

Cuando en 1524 se organizó el Consejo de Indias, la Casa (y Sevilla) quedó especializada en los asuntos económicos. Esta centralización cambió la vida sevillana, especialmente en el aspecto de prosperidad. Un parámetro fundamental para advertir tal aspecto, está en la cantidad de gente que llegaba a la ciudad. Hacia la segunda mitad del siglo XVI, Sevilla tenía 150.000 habitantes mientras que Madrid llegaba a los 100.000.

Tales rasgos, como otros que no considero por razones de espacio, quedan incorporados en muchos de los textos fictivos del Siglo de Oro. Sevilla, su riqueza, aparece como uno de los motivos recurrentes en las expectativas de muchos personajes literarios de la geografía literaria picaresca española. Precisa Defourneaux que la prosperidad de Sevilla se advierte en el circulante, en la animación comercial, en la exuberancia de la vida social, en la cantidad y diversidad de productos que se venden, en el ornato, la indumentaria de sus habitantes (perfumes, telas, etc.); en los encargos que reciben pintores y escultores; en la cantidad de representaciones y en el asiduo público que asiste a ellas.

Las características señaladas son tomadas por los autores del Siglo de Oro. Y aunque no sea Sevilla ni sus condiciones de vida lo que se desea poetizar, no es menos cierto que la geografía literaria peninsular no podía dejar fuera a la ciudad que se había transformado en lugar al cual todos acudían, punto de entrada y salida a un mundo que ofrecía un horizonte de expectativas no siempre muy claro pero no por ello menos cautivante y esperanzador.

Sin embargo, el cambio de situación trajo consigo una mutación de las conductas. La afluencia de extranjeros creó necesidades que hubo que satisfacer. Los que llegaban no siempre tenían los mismos intereses. Nuevas prácticas éticas aparecen como mecanismos que consagran el robo, la estafa, la mentira, la burla. No es por nada que la Novela Picaresca (y los pícaros) vean en Sevilla un espacio en que el maremagnum ciudadano permite otros negocios que no siendo legales, no dejan de ser productivos. La escritura picaresca, vista desde esta perspectiva, resulta ser, por una parte, revelación de un orden que subyace a una otra realidad esplendorosa; y de otra manera, el descubrimiento de la condición marginal del hombre.

Visión literaria

El corpus de textos picarescos está directamente relacionado con la amplitud de criterio en la estimación del género picaresco. No es asunto de este trabajo la decantación rigurosa del género. En este sentido, se ha manejado el mismo planteamiento adoptado por Angel Valbuena Prat en su edición de **La Novela Picaresca Española**.⁽⁶⁾ Por ello las referencias textuales aludirán a esa edición.

Las obras que han sido llamadas picarescas resultan ser una cantera abundante en descripciones y alusiones a Sevilla. Básicamente, Sevilla aparece poetizada como una ciudad importante en la geografía picaresca. Ella propicia un espacio en donde el pícaro puede encontrar un medio adecuado para desarrollar sus habilidades. Así, por ejemplo, en las siguientes novelas:

1. **La hija de la Celestina** de Alonso de Salas Barbadillo, obra aparecida en Zaragoza en 1612.
2. **El Donoso (donado) hablador Alonso** (Alonso, criado de muchos amos), de Jerónimo de Alcalá Yáñez y publicada en 1624 (1a. parte) y 1626 (2a. parte)
3. **Estebanillo González**, compuesta por Estebanillo González y publicada en Amberes en 1646.
4. **La niña de los embustes, Aventuras del bachiller Trapaza y La Garduña de Sevilla**, escritas por Alonso de Casfillo Solórzano en 1632, 1637 y 1642, respectivamente.
5. **La vida del Buscón**, de Francisco de Quevedo y publicada en Zaragoza en 1626.
6. **El Guzmán de Alfarache** de Mateo Alemán y aparecida en 1599.
7. **Rinconete y Cortadillo**, escrita por Miguel de Cervantes y aparecida en el volumen de **Novelas Ejemplares** de 1613.

6. Angel Valbuena Prat. **La Novela Picaresca**. Madrid, Aguilar, 1946.

Los aspectos generales que se han señalado en la descripción histórica de Sevilla posterior al conocimiento de Las Indias son los que, de manera global, definen la presencia de Sevilla en los textos picarescos mencionados.

Uno de los rasgos se refiere a la calidad de la ciudad como a la cantidad de su población. Todo ello configura un espacio que no alcanza a ser percibido más que en término de ser una ciudad grande pero también una gran ciudad. Hay momentos que las referencias se adscriben a un aspecto meramente cuantitativo.

Así en *La Garduña de Sevilla*, la urbe es percibida de tal manera que el conocimiento de ella solamente puede ser posible por partes:

"... Que Sevilla es gran ciudad y hay barrios tan distantes unos de otros que es como estar en dos lugares separados". (Libro IV)

En un medio tan poblado de gente, en que las personas no se conocen, en que el ojo humano y la palabra no pueden abarcar y dar cuenta de una sola vez, la vida (y la muerte) puede pasar desapercibida. La nebulosa producida por la muchedumbre es una buena cortina para que muchos asuntos queden oscurecidos y en desconocimiento para siempre. En esta novela, la protagonista Rufina ha sufrido la muerte (asesinato) de uno de sus amantes a mano de otro de sus amores. No solamente la noche es cómplice del encubrimiento sino que la extensión ayuda a ocultar el mal. Y esta muerte nunca quedará aclarada para el resto de la población. Y la razón que se señala es que "como Sevilla es tan gran población" (Libro I)

En las novelas que se han mencionado más arriba y que pertenecen a Castillo Solórzano, es reiterativo que Sevilla sea descrita como "gran ciudad". En algunos casos, como el descrito anteriormente, la extensión es el obstáculo para que corra libremente la verdad. En otros, sin embargo, la extensión no impide que el rumor, como agua que fluye sin impedimento, atravesase todas las callejas y rincones. Así en *La niña de los embustes* donde la protagonista, especialista en embustes y ardidés de todo tipo, no puede impedir que rumores relacionados con ella, circulen por doquier (cap. XVIII). También en *Las aventuras del bachiller Trapaza*, cap. X, el calificativo de "gran ciudad" aplicado a Sevilla revela la percepción de un espacio en que la calidad y la cantidad forman parte de la misma realidad. Incluso el adjetivo "gran" es aplicado al mismo río Guadalquivir y no solamente por el caudal de sus aguas sino por la importancia que tiene para la ciudad.

Pero esta Sevilla, "ciudad insigne, metrópoli de la Andalucía, madre de nobles familias, patria de claros ingenios, erario de los tesoros que envían las

Indias Occidentales a España", según la describe Rufina en **La Garduña de Sevilla** (libro IV), es el escenario propicio para que lo claro y lo oscuro, la verdad y la mentira, los negocios bursátiles y los negocios amorosos, las deudas económicas y las del corazón, tengan asentados sus reales.

La escritura picaresca al mismo tiempo que consagra un espacio en donde la riqueza y los apelativos constituyen una clara referencia al lugar que ocupaba Sevilla en la España del Siglo de Oro, desenmascara desde su marginalidad la otra dimensión: la de las callejas, la de los tahures, la del engaño, la de la apariencia, y todas estas formas como prácticas comunes a una sociedad que tras el lujo esconde lo feo.

La riqueza es el aspecto que más se destaca al describirse Sevilla. Rufina en **La Garduña...**, obligada a irse de Madrid, decide emigrar a Andalucía, a Sevilla, y las expectativas que ella se ha formado quedan muy notorias cuando caracteriza a Sevilla como "célebre depósito de la riqueza de Occidente". (libro I)

El "medrar", el querer alzarse a rico lleva a que Sevilla sea percibida como una suerte de tierra de promisión. Es esta opulencia la razón para congregarse a tanta gente. El término que se usa reiteradamente para referirse a la masa flotante es "extranjero". Tal vocablo aparece referido tanto a los que vienen fuera de España y que tienen negocios en la ciudad como también a los naturales peninsulares pero foráneos de Andalucía y de Sevilla.

Alonso, el protagonista de la novela **El Donoso hablador** describe a Sevilla como una ciudad populosa:

"Gran ciudad de Sevilla, madre de tantos extranjeros". (cap. VI, 1a. parte)

Alonso es maravillado por tanta afluencia de personas. Es que todo en Sevilla admira y maravilla especialmente "la mucha gente que pasaba de una parte a otra por aquella casa donde yo estaba, que aun con ser tan anchurosa, unos a otros se estorbaban el paso". (cap. VI, 1a. parte)

Estebanillo González, al igual que Alonso, se maravilla de la ciudad, especialmente por la "infinitud" de gente (libro I, cap. IV).

Galeotes, comerciantes, tahures, indianos, comediantes, caballeros, religiosos, pícaros (as), todo un abigarrado mundo en una urbe que, como declara Alonso es "madre de tantos extranjeros y archivo de las riquezas del mundo". (1a. parte, cap. VI) Y en otro lugar dirá que es "tierra más rica y

abundosa, y adonde por maravilla a ninguno le falta que comer". (1a. parte, cap. VII)

Quizás sea la palabra "maravilla" la palabra que mejor represente, desde un punto fraseológico, la evaluación que realizan los personajes de estas novelas picarescas. Tal fraseología traduce una percepción de un mundo en donde la palabra llega ser incapaz de representar el grado de admiración que Sevilla significa. Lo indecible pareciera ser el lugar común en los discursos de estos personajes, narradores de sí mismos, en la mayoría de los casos. Pero, de otro modo, el elogio, formalizado en la retórica del "panegírico", coloca a Sevilla en la galería de las famosas ciudades que han sido alabadas por sus bondades. Acaso sea el discurso de Estebanillo González al abandonar esta ciudad, lo que de mejor manera refleje tal situación:

"Unica flor de Andalucía, prodigio de valor del orbe, auxilio de todas las naciones y erario de un nuevo mundo". (libro I, cap.V.)

No cabe mejor discurso laudatorio que el de Estebanillo. El panegírico llega a la exageración, a la "hipérbole", la retórica como un recurso narrativo, no hay otra como Sevilla.

Desde mucho tiempo no ha dejado de ser señalado el carácter degradado que asume el relato picaresco. El pícaro, y su escritura, ubicados al margen de la sociedad, significan una develación de lo que sean las estructuras y los códigos de una sociedad que, como la castellana, asienta sus reales en el honor, la limpieza de sangre, en la hidalguía, en códigos sancionados social y religiosamente; pero también de una sociedad que, como la sevillana, funda su carácter en un nuevo elemento cognitivo, Las Indias, cognición que trae aparejada una aspiración de "medrar" por la riqueza, el negocio, los contratos.

Pero la escritura picaresca significa una revelación que tras esos mundos de opulencia, se esconde otra realidad. Tras el honor, se esconde la pobreza; tras el hábito eclesiástico, la avaricia (*Lazarillo de Tormes*), la lujuria (2a. continuación del *Lazarillo de Tormes*), la vida regalada (*Guzmán de Alfarache*); tras la opulencia, los negocios, la prosperidad, se esconde el engaño, el fraude, la muerte.

La escritura picaresca funcionando como **Diablo Cojuelo** (novela picaresca de Luis Vélez de Guevara), levanta los techos no solamente de Madrid y Sevilla, cuanto de toda España para mostrar lo que sea la España de puertas adentro, la España de tejas abajo.

No todo lo que brilla es oro en Sevilla. En **La niña de los embustes** la visión general que se desprende de la ciudad, es la de un espacio donde el engaño y la mentira tienen su asiento. Tal aspecto aparece posibilitado por la convergencia de personas y de intereses. Todo ello hace posible la pérdida de un horizonte claro en el que se destaquen con nitidez la verdad y la mentira. El engaño, el fraude, las falsías, los intereses personales, funcionan como un otro plano que subyace a la Sevilla puerta de entrada de Las Indias y puerta de salida a la aventura. Y aun cuando el pícaro Alonso en **El Donoso hablador** diga que en Sevilla todavía se puede encontrar gente que diga la verdad, no por ello no deja de ser interesada en la medida que se pague el servicio, sea en amistad, regalos, ofertas y dineros que "son de mucho provecho" (1a. parte, cap. VIII)

En un mundo abigarrado como Sevilla, la urdimbre de los acontecimientos es verbalizado por un discurso que encubre la realidad, la suplanta, la escamotea. Las palabras no siempre apuntan al referente que ellas parecen referir. En Sevilla todo puede pasar, incluso que se vendan por extranjeros (de Dinamarca, Cuzco, etc.) productos que no lo son puesto que los españoles desestimando, dice Estebanillo González, "lo medio bueno que encierra la patria, sólo dan estima a raterías extranjeras". (libro I, cap. IV)

Atención especial merece una novela ejemplar de Cervantes. **Rinconete y Cortadillo** está ambientada en Sevilla. La presencia de Monipodio y su cofradía en la gran ciudad que es Sevilla, ha sido un tema de estudio por la crítica literaria. Más de algún estudioso, incluso, ha intentado establecer el modelo histórico-social que ha poetizado Cervantes. Así se ha pretendido encontrar en la Sevilla del Siglo de Oro una institución similar a la que gobierna Monipodio en la novela cervantina. Desde Rodríguez Marín que se ha buscado tal correlato. Sin embargo, ha habido otras aproximaciones diferentes como las de Joaquín Casaldueiro y últimamente de José Pascual Buxó.⁽⁷⁾

Es verdad que esta novela incorpora aspectos que informaron la vida cotidiana de la ciudad: la Casa de Contratación; la noción de ciudad más principal del mundo; la mención de la flota; el significado social y económico del arribo, etc. No obstante, el hecho que Cervantes maneja Sevilla como el espacio en que se mueven sus personajes, no implica necesariamente una "visión realista". Cuando al final de la novela, Rincón y Cortado realizan una evaluación de lo visto y oído en Sevilla, atienden no únicamente a la manera de darse las creencias religiosas, su carácter degradado, implicando su ejercicio una inversión del código religioso tradicional. También reparan, y eso es lo que más llama la atención, en la "exagerada y descuidada justicia que había en

7. José Pascual Buxó. "Estructura y lección de Rinconete y Cortadillo", en **Las Figuraciones del sentido**. México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

aquella tan famosa ciudad de Sevilla ". Tan así es que deciden permanecer un tiempo más y luego irse.

La misma "descuidada" justicia sevillana es patente en otras novelas picarescas y en otros textos fictivos del Siglo de Oro. Toledo y Madrid ,en todo caso, le quitan el mérito a Sevilla. Nótese que ambos muchachos son extranjeros en la ciudad andaluza. Ellos no conocen las reglas que norman la vida allí, fundamentalmente el lenguaje (germanía) y el código impuesto por Monipodio: él es la aduana en la cual deben registrarse todos los que viven honrada-mente sirviendo a Dios..., es decir, robando, matando, que todos sirven a Dios, dice Monipodio al dictar cátedra a sus acólitos. Como muy bien lo hiciera notar Alfredo Hermenegildo: dos planos presenta esta novela, el de la picaresca y el de la delincuencia. Pero más importante que establecer estos planos, está el modo como uno de ellos es entregado desde el punto de vista del otro. Rinconete y Cortadillo son los pícaros que llegan a Sevilla. Ahí conocen otra realidad, esa realidad que tiene dos caras: la que admira por su riqueza, por la cantidad de gente, por los negocios; pero también la otra, la de Monipodio. Básicamente, esta novela ejemplar es la óptica de los dos pícaros (el narrador en tercera persona asume el punto de vista de los dos muchachos) al entregarnos el mundo de Monipodio, mundo cerrado al extranjero. Para entrar allí hay que saber el código lingüístico, aprender el código social de la ceremonia y luego recibir la aprobación. Se ha pretendido advertir, en este sentido, una crítica a los códigos propios de los protocolos reales.

He aquí dos mundos y uno visto por otro, es decir, uno que se superpone al otro. Y tal postura indica la capacidad del mundo superpuesto pero, además, la capacidad del superior para permanecer o alejarse. Tal es la situación que queda al descubierto cuando Rincón y Cortado (llamados así por Monipodio) se admiran del modo de vida de los cófrades, especialmente por el lenguaje que usan y por la creencia que ejercitar el mal es un servicio a Dios. Total, dirá uno de los miembros de la "orden", peores son los herejes.

Monipodio reparte el mal por todo Sevilla. Su casa, marginalización de diferentes códigos (lenguaje, religioso, convenciones sociales, etc.) se ubica no en la periferia de la ciudad sino en su mismo centro. Pero Sevilla no es Sevilla. Sevilla es el mundo, es la vida. Y el mal (sentido demoníaco de la vida, diría Joaquín Casaldueiro)no es ajena a ella. Pero en Sevilla hay quienes tienen conciencia del mal y aun cuando adoptan una actitud humorística ante ello, su mirada final es la mirada de quien (Rincón y Cortado) sabiendo que la vida no es un edén, alcanza a reconocer el límite entre la diversión, el placer, la aventura y el otro plano, el de la delincuencia, la violencia, el asesinato. Cuán exagerada y descuidada estaba la justicia en Sevilla. Pero también en España y en el mundo.

El Guzmán de Alfarache

La novela picaresca tiene en esta obra de Mateo Alemán, al decir de Alexander Parker, Américo Castro, Marcel Bataillon, Francisco Rico y otros, el mejor exponente del sentido barroco que concibe la vida como desengaño y que manifiesta el código picaresco de vivir despreocupadamente.

No podían faltar en esta novela (Atalaya de la vida humana, es su subtítulo) las referencias a Sevilla. Como es notorio en toda novela picaresca y al inicio de la misma, se dan los orígenes del pícaro. Así en el caso de Guzmán de Alfarache, el que contextualizará su origen en el marco de las miradas que se producen en el interior de la iglesia, más allá de las gradas de la Iglesia Mayor, allí donde los mercaderes hacen sus negocios. Es allí donde el futuro padre del pícaro, envuelto en sus negocios con otros tratantes, entra en otro negocio, en el del amor. Negocio y fraude; transacciones y amor. Ambos aspectos en torno de la iglesia. No deja de ser curioso que este encuentro que terminará con el advenimiento de Guzmán, quede encerrado entre el trato de la Lonja y el trato que habrá entre los futuros padres del protagonista para burlar la sociedad. Y que esto suceda al amparo de la Iglesia.

Es Sevilla la patria nativa del pícaro Guzmán. Este enaltece su lugar de origen señalando que el encuentro definitivo (y furtivo) fundado en la treta, en la representación (típico motivo barroco) ocurre en un lugar sevillano, a orillas del "Guadalquivir famoso", lugar tan grato, florido, vital, que "con razón, si en la tierra se puede dar conocido paraíso, se debe a este sitio el nombre de él". (parte I, libro I, cap. 2). La recreación del lugar como un lugar agradable, enumerando sensualmente sus elementos configuradores en términos del esquema retórico del "locus amoenus" (arboledas, frutos, agua, aire, sombra, sin entrada de sol) y erigido como paraíso, más que referencia a un lugar cerrado, es una referencia al paraíso bíblico. Sin embargo, la alusión está marcada por el hecho que en ese espacio se producirá el acercamiento, acercamiento que transgrede la beatitud del lugar. El nacimiento sevillano de Guzmán aparece, entonces, contextualizado en la transgresión del sacramento. De ahí que el pícaro aludiendo a su nacimiento, señale que tuvo dos padres: uno público, el buen viejo, esposo de su madre; y otro privado, el extranjero, el verdadero.

En la retina del pícaro, Sevilla aparece como un espacio en donde toda comodidad tiene su asiento. Tal espacio, el familiar en el que se aloja Guzmán, aparece textualizado como propio de la misma ciudad. Guzmán señala que era su vida tan buena (vicioso, regalado, sin ser castigado), mirado y adorado más que hijo de mercader de Toledo o tanto. No es que él considere que los mimos que le brindan tengan sentido comercial. Es que las prendas que él significaba para los suyos eran equivalentes a las riquezas de aquéllos

que, como meritorios partidos, aparecían sucesores en el trato mercantil y, fundamentalmente, amoroso. Sin embargo, tal vida regalada no fue impedimento para que Guzmán abandonara su casa, motivándole "mucho el deseo de ver mundo, ir a reconocer en Italia mi noble parentela". (parte I, libro I, cap. III).

Mientras todos procuran venir a Sevilla, centro del mundo, Guzmán va en sentido contrario. Y al igual que otros tantos personajes literarios del Siglo de Oro, emprende su viaje a Italia, básicamente, al decir de Casaldueiro, el viaje del joven español renacentista. Claro está que las razones son diversas.

El pícaro vuelve a Sevilla y lo hace después de su experiencia en Madrid, en donde encarcelado razonó así:

"Veisme a mí aquí, que ha tres años que estoy preso por ladrón, por falsario, por adúltero, por maldiciente, por matador y otras mil causas que me tienen acumuladas, que con todas ellas muero de hambre". (parte II, libro III, cap. VI)

Es el discurso del arrepentido, como tantas lo pronunció en sus andanzas. Guzmán, encarnación del hijo pródigo sevillano, lamenta su estado anterior y vuelve al redil, al lugar en donde tenía vida regalada. Cuando llega a Sevilla, después de vagabundear por el mundo, su memoria refresca las imágenes que guarda desde niño:

"Con estos y otros tales pensamientos, a el emparejar con San Lázaro, se me refrescó en la memoria cuanto allí me pasó cuando de Sevilla salí. Vi la fuente donde bebí, los poyos en que me quedé dormido, las gradas por donde bajé y subí. Vi su santo templo y desde acá fuera dije: ¡Oh glorioso santo! cuando de vos me despedí, salí con lágrimas, a pie, pobre, solo y niño. Ya vuelvo a veros y me veis rico, acompañado, alegre y hombre casado". (parte II, libro III, cap. VI).

Sevilla es vista no solamente desde la perspectiva del pródigo que es Guzmán sino también desde el punto de vista del extranjero. Gracia, su mujer, le reclama por cuanto le pareció que "no era justo haber llegado a ciudad tan ilustre, de tanta fama por todo el mundo, y dejar de salir a pasearla." (parte II, libro III, cap. VI)

Gracia consagra la literalización de lo que Sevilla implicaba para el extranjero: admiración, discurso elogioso, riquezas, lujo. De esta manera, su previo conocimiento de oídas comulga, pero queda corto, con lo visto. Se ha oído de Sevilla (y también de Las Indias). La realidad, en este caso, la Sevilla que conoce Gracia, puede superar las expectativas del sujeto cognoscente o puede ser una inversión de las mismas.

El mismo Guzmán asume el punto de vista de su mujer y la percepción que ella tiene al llegar a la gran ciudad:

"Porque, aunque se había hallado bien todo el tiempo que residió en Madrid y le pareció ventajas a todo el mundo, con aquella majestad, grandezas de señores, trato gallardo discreción general y libertad sin segundo, hallaba en Sevilla un olor de ciudad, un no sé qué, otras grandezas, aunque no en calidad, por faltar allí los reyes, tantos grandes y titulados, a lo menos en cantidad. Porque había grandísima suma de riquezas y muy en menos estimadas. Pues corría la plata en el trato de las gentes como el cobre por otras partes, y con poca estimación la dispensaban francamente". (parte II, libro III, cap. VI).

Pero la Fortuna también se hace presente en Sevilla. La Sevilla de Guzmán es la ciudad que vive de las Indias y si la situación aflige a la urbe, cada uno se aflige. El hecho que la flota no llegase, hizo que la ciudad se "apretara" y que Guzmán también. Ello trae como consecuencia que su mujer le abandonara por un capitán de las galeras de Nápoles y que él, viendo las bolsas cerradas, volviera a su antiguo remedio, el robar. Y del robar a la prisión, le resta solamente un paso.

La vuelta a Sevilla ha significado tocar fondo en la carrera de engaños, maldades, bellaquerías. Desde el punto del cual narra Guzmán, después de ser liberado de las galeras, él reconoce que su vida estuvo siempre tendiente al mal. Si hemos de acreditar más de algún estudio sobre esta novela (Casalduero, San Miguel, Moreno Báez), esta novela estaría simbolizando la naturaleza humana. No deja de ser interesante tal lectura toda vez la noción del pícaro y su retorno, su discurso de arrepentimiento y su conciencia que lo que dejó era más valioso que lo que ganó. Asumiendo esta propuesta, Sevilla aparece como el espacio escriturario en que el héroe picaresco, tocando fondo, se eleva en su proceso de regeneración. Es condenado a galeras y estando allí y después de descubrir y no encubrir un motín, empieza su liberación.

Sevilla, mirada con esta óptica, es el mundo en que el hombre está acomodado. Pero su deseo de aventura, de conocer mundo, le lleva a salir del paraíso, recorrer la geografía del pecado y volver a su redención, pagando el precio por alejarse del redil.

En todo caso, esta lectura u otra, no restan aseveraciones en orden a discriminar de la descripción de Sevilla, aquellos aspectos que la informaron históricamente y que este texto incorpora como elementos locales en la representación de la vida humana.